

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 414

25 CTS.

E
B.



Por ella

FOR
Alice Day
y

Jean Harron
Filmoteca
de Catalunya

ARCHAMN BAUD, George

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

REDACCIÓN

Pasaje de la Paz, 10 bis

ADMINISTRACIÓN

TELÉFONO 18551

Año VIII

BARCELONA

N.º 414



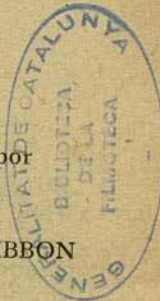
POR ELLA

^(NIGHT LIFE 1927)
Sentimental cinedrama, interpretado por

ALICE DAY

JOHN HARRON

y EDDIE GRIBBON



EXCLUSIVA DE

Importaciones Cinematográficas, S. A.

Aragón, 225

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal fotografía de

VONCEIL VIKING

POR ELLA

Argumento de la película

En Viena, antes de la guerra.

En una cervecería de los jardines del Prater actuaba como ilusionista el simpático Max, cuya habilidad era tanta que lo mismo transformaba un mosquito en un piano de cola... que hacía soltar un dólar a un judío.

La concurrencia se divertía con el hombre misterioso, y llenaba a diario las mesas del amplio lugar al aire libre, donde actuaban, además, como números secundarios, otros artistas.

Max tenía un compañero, como acostumbra tenerlo los ilusionistas para poder hacer sus experimentos sin temor a dar un tropezón que descubra las trampas del juego; y ese amigo era Nick, quien, si bien no sabía nada del arte de su camarada, disimulaba a la perfección que era un hombre comprado, por lo que el público que no le

conocía de todos los días le creía un esceptico concurrente que se resistía a creer que sólo Max pudiera ejecutar aquellos trabajos de ilusionismo que tanto encantaban al público.

Y todos los días se repetía el reto de Nick a Max delante de todos, terminando el mismo con el triunfo rotundo de Max, quien sabía arreglárselas de modo y manera que rompiéndole un par de huevos en la cabeza de Nick, sacase de la misma, cubriéndola con un sombrero de copa y descubriéndosela prestamente, una señora gallina vivita y coleando.

Y Nick, ante la maravillosa habilidad del ilusionista, se declaraba vencido y fingía marcharse de la cervecería confuso y prometiéndose no volver a dudar de la ciencia de los demás.

Aquel día, o sea, el en que comienza nuestra historia, hallábase en la cervecería un buen señor, fabricante de embutidos, con su esposa y su prole, cuatro hijos larguiruchos que se comían por lo menos un kilo de pan y tres de embutidos por cabeza, sin lograr engordar... porque los embutidos eran malos.

Max, viendo la estupefacción que su juego con Nick causaba al choricero, se le acercó, y sin preparación alguna, al parecer, le sacó del cuerpo un corsé de señora; y ni que decir tiene que la risa fué general, tan viva como el asombro del tío de las longanizas.

Después de la función de aquel día, los

dos amigos se reunieron en el camarín de Max, y cuando se quitaban las ropas de trabajo, para ponerse las de calle y salir, el empresario entró a felicitarles.

—¡Como progresáis, muchachos! Pronto seréis demasiado grandes para un local tan modesto como el mío—les dijo, no regateándoles la demostración de su contento ante los pingües beneficios que le hacían realizar.

Max sonrió. Le satisfacía ver la alegría del empresario y de Nick, y daba gracias al azar que le había hecho ser ilusionista, ya que era un trabajo fácil para él y mucho más productivo que otros.

Nick tenía sed y tomando una botella de cerveza iba a llenarse un vaso, pero Max impidió que lo hiciera, y sacando del fondo de una caja una botella de champaña, la descorchó y escanció tres copas, diciendo al propio tiempo que ofrecía una de ellas a su camarada y la otra al empresario, reservándose para él la tercera:

—Es nuestro aniversario, Nick. Esta noche hará un año de nuestra primera aparición.

Nick recordó, y, con cierta gravedad, él ordinariamente cómico, sin dar nunca importancia a nada, repuso:

—Así es, Max... El primer aniversario de una colaboración que no acabará nunca.

Las tres copas se entrecocaron, y a guisa de brindis, el empresario pronunció:

—No derrochéis el dinero... y algún día

podréis ser dueños de una cervecería como ésta, o tal vez mejor.

Los dos amigos se contemplaron como si de repente les hubiese acariciado a un tiempo mismo una gran idea que no debían dejar de aprovechar. ¡Ah, llegar a poseer una cervecería como la en que tantos triunfos habían alcanzado!

Y Nick, con su habitual buen humor, dijo disponiéndose a apurar su segunda, copa de champaña:

—Por nuestros futuros clientes... ¡y que Dios les dé mucha sed!

Imaginariamente se veían dueños de un importante establecimiento, no dando abasto ni uno ni otro para contar la calderilla y hacer paquetes de cinco pesetas.

Pero en aquel momento se oyó un ensordecedor pitar de sirenas y voltear de campanas.

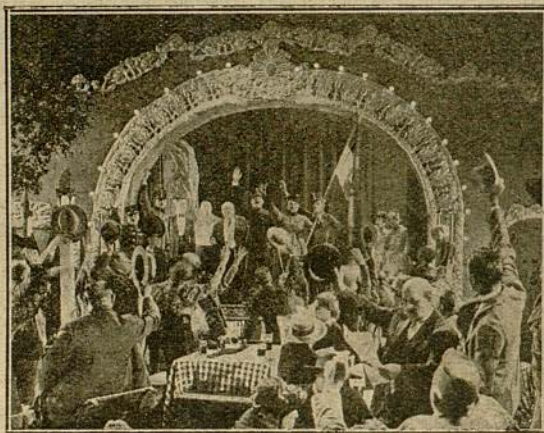
¡La guerra!

Algunos soldados que se hallaban en la cervecería, ajenos a la gran tragedia que se estaba incubando, prorrumpieron en aclamaciones bélicas y subiendo al escenario hicieron flamear una bandera nacional y uno de ellos dirigiéndose al público, exclamó, con exaltación:

—¡Hijos amantes de Austria! ¡Ha sido declarada la guerra. ¡La Patria os llama a filas!

Max, Nick y el empresario habían salido del camarín del primero y se hallaban en el jardín, confundiendo entre la concurrencia.

Max y Nick se miraron con profunda emoción, y el segundo, consecuente con su teoría de que a la vida hay que tomarla por el lado sonriente, dijo a su compañero:



—*¡Hijos amantes de Austria! Ha sido declarada la guerra.*

—Dejaremos para más adelante nuestro sueño de ser dueños de una cervecería como ésta. Ahora no tenemos más remedio que ir a la guerra... y ya veremos qué pasa.

Una pareja de recién casados se abrazaba febrilmente en un rincón del local, amargada por la súbita separación, y Max, que no era tan optimista como Nick, tuvo que reprimir unas lágrimas.

¡La guerra! ¡Ah, cuántas calamidades iba a provocar!

Contrastando con la alegría inconsciente de los unos y la pena de los demás, el choricero abrazaba a su mujer, abarcando en un mismo abrazo a sus hijos, y decía, fijos sus ojos de negociante en el interés:

—No te alarmes, querida esposa. Yo estoy libre... y cuanto más tiempo luchen, más salchichas venderé.

* * *

Y la guerra, que había de durar tres meses, según los infalibles cálculos de las grandes potencias, se prolongó indefinidamente... y de todos son conocidas las nefastas consecuencias.

Max y Nick tuvieron la suerte (?) de regresar sanos y salvos.

Habían marchado jóvenes, dispuestos a morir por su querida patria, y volvían envejecidos por las privaciones y los sufrimientos y maltrechos por las penalidades sin fin que habían tenido que soportar sin derecho a quejarse.

Viena tenía apagada la sonrisa de los tiempos de tranquilidad y las tiendas cerradas. Como los pobres soldados que regresaban del frente, la ciudad estaba envejecida y triste.

Al llegar a Viena, Max y Nick encamináronse con paso cansino al lugar donde actuaron antes de la guerra.

Neveba, y los dos soldados se encogían dentro de sus ropas del gobierno, que era

lo único que éste había tenido a bien dejarles.

Después de penosa marcha por el resbaladizo piso viéronse ante la cervecería, y cuando confiaban descansar en una de sus sillas, en las que antaño se sentaba la gente feliz, vieron que el establecimiento estaba cerrado.

Max murmuró:

—¡Cerrado!... ¿Recuerdas nuestra impaciencia por volver para trabajar?

Nick asintió con melancólico movimiento de cabeza y repuso:

—¡Y cómo suspirábamos por la paz, pensando en una comida completa!

Y al decir esto se acariciaba el estómago, como si le alentase a tener paciencia hasta que los tiempos cambiasen.

Luego añadió, con débil destello de su buen humor de antes:

—Ya nadie nos dice, como en los buenos tiempos: “¿Quiere usted hacerme el honor de comer conmigo?”

—Hoy no somos “genios”, mi buen Nick... sino dos míseros resucitados.

—Tengo un apetito...

—No me hables de comida, que no sé lo que daría por un pedazo de pan.

—Eso no puede faltarnos. Nos colocamos a la cola de uno de los puestos de distribución, y aunque no tengamos cartilla, no van a dejar hambrientos a dos soldados.

Se encaminaron resignadamente al interior de la ciudad, para pedir pan en uno de los puestos de donde lo tomaban los me-

nesterosos, previa presentación de una tarjeta de pobreza, y se sumaron a la cola.

Pero mucho antes de que les tocase el turno, en el puesto pusieron un cartel que decía: “No hay más pan”.

Al leer el trágico anuncio, algunas mujeres prorrumpieron a gritar que en sus hogares se morían de hambre y que necesitaban siquiera un poco de miga para hacerse una sopa hasta el día siguiente.

Inútiles lamentos. No había más pan y tenían que marcharse sin nada.

Nick se estrechó de nuevo el cinturón, para ahogar la rebeldía de su estómago, empequeñeciéndolo cada vez más; y los dos amigos iban a continuar su incierto camino, cuando vieron apearse de un magnífico automóvil a un gran señor, grande por su tipe y sus ropas y alhajas.

Un lacayo abrió la puerta del coche, haciendo una profunda reverencia al salir el señor.

Nick contemplaba embobado la escena, y, al ver de frente al gran potentado, ahogó un grito de asombro: era el salchichero de la cervecería donde Max y él actuaban antes de la guerra.

Para el choricero, la guerra fué como una máquina de constante funcionar por donde salían embutidos y entraba oro.

El comerciante entró en una tienda inmediata al puesto de pan, y Nick, malhumorado, dijo a Max.

—¡Y que hayamos luchado para esto!

—Tienes razón, Nick — asintió Max—.

Ese bendice la guerra, sin importarle que su dinero está teñido en sangre.

—¡Miserable vida!

Guardaron silencio unos momentos, y, de súbito, Nick, recordando la habilidad de Max, propuso a éste, a raíz de partirse el último cigarrillo que les quedaba a ambos:

—¿Por qué no haces en la vía pública alguno de tus juegos de manos?

Max vaciló. Lo que le proponía Nick era mendigar... pero también era comer. Y como el hambre es difícil de contentar, el prestidigitador se puso a actuar allí mismo, atrayendo en seguida a algunos transeúntes.

Nick se encargaba de tender su gorro, para reunir algunas monedas que les permitiesen llevarse algo a la boca.

Mientras Max recordaba sus buenos tiempos, como si se hallase en la cervecería de sus triunfos, el choricero salió de la tienda donde entrara, y, llevado de la curiosidad, acercóse al grupo.

Nick creyó que aquel hombre los reconocería, pero no fué así, y no era de extrañar, porque había transcurrido mucho tiempo desde que Max le sacara de Dios sabía dónde aquel corsé que causó tanta hilaridad en el público.

El choricero seguía atentamente, complacido, los juegos de Max, y Nick confiaba sacarle alguna buena moneda al nuevo rico; pero se llevó chasco al intentarlo, tendiéndole la gorra.

Max se había fijado detenidamente en el

alfiler que el rico llevaba prendido en la corbata. La alhaja tenía un gran valor. Con el importe de la misma podrían Max y Nick vivir como príncipes, en espera de que llegase la normalidad y con ésta la ocasión de volver a pisar las tablas para cosechar nuevos aplausos y ganar mucho dinero.

La tentación hizo presa en el ilusionista, y haciéndole varios juegos sobre su persona, junto al alfiler en cuestión, logró en uno de ellos quitarle la joya sin que su dueño se diera cuenta del hurto.

Nick volvió a tenderle su gorro, pero el choricero, no preocupándose de los demás, porque tenía colmada la tripa, separóse de ellos, diciéndoles:

—Muy limpio, joven... Pero podría usted emplear su destreza en algo más útil.

¡Imbécil!

Nick masculló improperios contra el bruto, y cuando le vió subir a su coche, murmuró a Max, guiñándole un ojo:

—¡Ha sido un trabajo "brillante", Max!

Se refería al robo de la joya, pues él, como su amigo, había contemplado con los mismos ojos de codicia el valioso alfiler.

¡Lo bien que iban a vivir los dos, una vez vendida la joya! ¡Qué manjares iban a ofrecer a su pobrecito estómago!

Pero Max analizó su mala acción, y arrepentido, corrió a devolver el alfiler al inhumano nuevo rico.

Este se hallaba ya casi en el interior de su coche.

—Usted dejó caer esto, señor — le dijo Max, mostrándole la joya.

—¡Caramba! ¡Es mi alfiler de corbata!— exclamó el choricero.

Y tomándolo bruscamente de manos de Max, se dejó caer en el mullido asiento del coche, sin molestarse en dar las gracias al honrado joven, y mucho menos en ofrecerle una gratificación.

A poco el auto partió veloz, como si no quisiera seguir codeándose con la miseria.

Nick, indignado, echó en cara a Max su estupidez.

—No sé por qué le quité el alfiler—rumoréó Max, todavía bajo el peso de su remordimiento—. Sin duda he estado loco.

A lo que respondió Nick:

—Y lo estás; más loco que un cascabel... Figúrate, con tu ligereza de dedos si podríamos comer a lo grande.

Pero Max, severo, le atajó:

—¡Nosotros no somos ladrones, Nick!

—Sí... ¡Para lo que nos sirve ser honrados! ¡Ah! Si yo tuviese tu habilidad, no te dejaría morir de hambre. Y yo estoy que me caigo de debilidad.

—Calla, Nick, por favor...

—Cuanto más amigos, más claros...

—¿No sabes que soy capaz de todo por ti?

—Entonces...

—De todo, menos...

—No seas tan escrupuloso. Ya has visto el pago que te ha dado ese idiota cargado de dinero por tu acto de honradez.

—Pero mi conciencia...

—Las circunstancias nos obligan a dejar de ser lo que somos... Al fin y al cabo, puedes dedicarte a despojar de una parte de lo que tienen, a los que poseen más de lo que necesitan. Con escoger los tipos, salvas tu conciencia.

—No, Nick... no puedo... no podré nunca.

—¿Y nos moriremos de hambre? Tú bien sabes que no nos dan trabajo, porque nos ven caídos, y yo no sé cómo vamos a ponernos limpios, si no disponemos de la más insignificante cantidad.

Y fueron tantas y tales las razones que le expuso Nick, que Max, dejándose seducir por la voz de la materia, se decidió, no sin muchos esfuerzos, empero, a escoger los tipos para procurarse fondos, a fin de vivir.

Y...

El dinero, bien o mal adquirido, es dinero.

La vida cambió de faz para Nick y Max. Al cabo de pocos días de dedicar su destreza a despojar de una parte de sus bienes a ciertos afortunados, los dos amigos no parecían los mismos de cuando regresaron, sucios y hambrientos, de la guerra.

Nick, luciendo un flamante terno gris, tenía el aire de un "manager" de boxeador o cosa por el estilo, y Max podía pasar perfectamente por un hijo de casa buena.

Se habían hecho amigos de un judío, y

cuanto lograban hacer pasar a sus bolsillos, se lo tomaba el usurero de mil amores, pagándoles mal, pero no tanto que les quitase las ganas de seguir "trabajando" por él.

Había llegado la primavera para la tierra y para Nick y Max.

Cierto día, al separarse los dos camaradas, después de efectuarse una de sus ventas al usurero y de partirse los beneficios, Nick dijo a Max:

—Luego nos veremos en el Parque de Atracciones... Allí te puede caer buena pesca.

—Hasta luego, pues...

La misión de Nick consistía en vigilar mientras Max "operaba", y gracias a su pupila no les había ocurrido nada desagradable hasta entonces, ni se sospechaba de ellos en ninguna parte.

Max encaminóse hacia el Parque de Atracciones, donde esperaba a Nick, que iba a comprarse una corbata de la que se había enamorado locamente, y de pronto sintió que una mano se posaba sobre su reloj de bolsillo. Dejó hacer, y cuando esa mano sacaba del bolsillo el reloj, la detuvo enérgicamente, y al mirar al ladrón asombróse al ver que era una muchacha pobremente vestida, pero tan linda como joven.

Su corazón no estaba endurecido, ni mucho menos, pues él no era un ladrón vulgar, y procurando no traicionarse, para amedrentar a la muchacha a fin de que no reincidiera, le dijo secamente:

—Si usted quería saber la hora, pudo preguntármela.

Y luego, viendo la emoción que se reflejaba en el rostro de la joven:

—¡Lástima que se dediquen a esto unas manos tan lindas!



—Si usted quería saber la hora, pudo preguntármela.

A lo que, con cierto irreprimible rencor, contestó ella:

—Si usted llevara, como yo, tres días sin comer...

—Eso lo dicen todos... Ya conozco la cantinela.

—Es la primera vez, se lo juro.

—Bueno... quiero creer a usted... pero no vuelva a intentarlo. Robar es negocio de quiebras.

En aquellos instantes pasó junto a ellos un guardia. La muchacha tembló de pies a cabeza pensando que Max iba a denunciarla, pero el joven, apiadado de ella, considerando que su propio caso se repetía en una infeliz, la estrechó contra sí, como si fuera su novia... y el peligro pasó.

La muchacha le miraba agradecida, y confiada como si se encontrase delante de un amigo, se dejó conducir a donde él quiso.

Y Max la llevó a un restaurante, para que comiese cuanto le viniese en gana.

¡Si él hubiese encontrado, cuando lo necesitaba, un alma buena que le hubiese pagado una comida!

La joven, que respondía por Ana, comía con hambre de tres días, en efecto; y cuando no pudo más, recreóse en contemplar a Max, admirando en él su bondad y su simpatía.

Max, rebosante su corazón de felicidad, por el bien que hacía a Ana, le dijo, sintiéndose ligado a ella por un dulce sentimiento:

—¡Qué bonita es usted!... Quiero ver si es más bella aún cuando sonrío.

Y para hacerla sonreír, se puso a hacerle juegos de manos; y consiguió su propósito, ante lo cual dijo la adorable criatura:

—Creí que no volvería a reír más... Casi lo había olvidado.

—Ría usted, y tendrá luz el mundo; pero no lllore, que se nublará el cielo.

Y como si se empeñasen en dar razón a los novelistas que cantan el amor a primera vista, Ana y Max se miraban con ojos de enamorados.

Max no quiso separarse de Ana, de la que supo que no tenía hogar, ni trabajo, ni parientes, y la llevó al Parque de Atracciones, dispuesto a que se divirtiese como si estuviese soñando.

Subieron al tío vivo, entraron en varias barracas de atracciones, y, finalmente, se acomodaron en un coche de una rueda que giraba verticalmente, elevando los cochecitos a buena altura.

Dieron una vuelta, y como los dos se encontraban en la antesala del paraíso en el coche, Max abonó otra vuelta, y así sucesivamente.

Nick, que aguardaba con impaciencia a Max, le vió divirtiéndose de lo lindo con Ana, y le llamó al orden, con gestos de reproche.

—¿Quién es ese señor que le llama?—preguntó Ana a Max.

—Déjele que grite... Es mi compañero de trabajo... Somos prestidigitadores.

—Parece enfadado.

—Es su carácter... Nos habíamos citado aquí... pero yo no sabía que iba a encontrar a usted.

—Muchas gracias... ¿Y dónde trabajan ustedes?

—Pues... veré... No tenemos contrato fijo. Tomamos lo que va saliendo.

—No le haga usted esperar más.

—No se preocupe... Nos veremos luego en casa.

Y siguieron dando vueltas y más vueltas.

Las atracciones iban cerrando, pues era tarde, y no quedaba ya nadie en el Parque ni Nick, que se cansó de esperar y comprendió que su camarada estaba de aventura. De pronto, el dueño de la rueda en la que se hallaban aún Max y Ana, se decidió a su vez a cerrar.

Max y Ana estaban amorosamente abrazados en el coche, ajenos por completo al lugar y a la hora.

—Jóvenes, todo tiene un límite, el caballo que hace girar la rueda no puede dar un paso más, y yo tengo sueño. Conque...

Pero Max, entregándole unos billetes, le indicó que no quería moverse todavía de allí.

El dinero convenció al buen hombre, y el caballo hizo girar la noria hasta dar media vuelta, pero no pudo pasar de aquí, ni ayudado por el dueño; por lo que éste, creyendo hacer un bien a Max y a Ana, cerró y los dejó suspendidos en el aire; y al marchar, dijo al caballo, mientras lo conducía al establo:

—Mañana les enviaremos allá arriba el café y los panecillos. Ahora, Carlitos, vamos a dormir.

Y los tórtolos siguieron allá arriba, sin

enterarse. ¡Menos mal que triunfaba la primavera!

* * *

Al día siguiente, Nick se levantó de un humor de perros al comprobar que Max no había pernoctado en casa.

Era la primera vez que esto ocurría, y le parecía de mal agüero. ¿Se habría enamorado Max de aquella muchacha?

Un poco después presentáronse en el hogar Max y Ana, cargados de paquetes.

Al llegar, Max entró en el dormitorio, encontrando a Nick en camisa y dándose a todos los demonios.

—¿De dónde sales a esta hora?—le dijo Nick, malhumorado—. Supongo que habrás pasado la noche entre cuatro paredes, velando a algún amigo enfermo.

Max se echó a reír y repuso:

—No. La he pasado entre las estrellas, velando a un ángel.

—¡Qué poca formalidad!

—Calla, ponte el batín y sígueme. Te voy a presentar a ese ángel.

Nick tuvo que complacerle, mal de su grado, y al hallarse ante Ana, Max presentó a su amigo, así:

—Mi camarada, más aún, mi hermano... El hombre más maravilloso del mundo.

Pero Nick no estaba para flores y respondió al saludo de la dulce Ana con un gruñido.

Max acarició a su amiguita y empuján-

dola hacia el dormitorio, para que en él pudiera cambiarse libremente sus míseras ropas por las que él le acababa de comprar, le aseguró, para tranquilizarla:

—Está usted en su casa, Ana. Lo que es de Nick es mío... y lo que es mío es de usted.

Y cuando la muchacha hubo desaparecido tras la puerta del dormitorio, Nick, soltando su furor, increpó a Max de esta suerte:

—En cinco años no habías faltado a una cita conmigo... Nuestra primera nube la trae una mujer.

—Vamos, Nick... Te consta que nada ni nadie podrá entibiar nuestra amistad.

—¿Has informado a tu ángel de que su espléndido amigo es un ladrón?

—¡Te quieres callar! La he encontrado en circunstancias especiales, y le he dicho que somos ilusionistas. ¡Ojalá nosotros hubiéramos encontrado ayuda cuando nos transformamos en lo que somos!

—Ya verás como esa mujer nos trae disgustos. Siempre serás un necio, Max.

Nick no cedió un ápice a su actitud de hostilidad con Ana, pero Max se mostraba tan amable con ella, que la ingenua muchacha se propuso ser tan buena para Nick, que lograría su simpatía.

La llegada de la portera, para cobrar el recibo del mes, proporcionó a Max la ocasión de preguntarle si había en la casa una habitación para Ana; y la buena mujer, en atención a que los dos amigos eran bue-

nos pagadores, se avino a ceder la mitad de su piso a la gentil amiga de Max.

Y desde aquel momento Ana se consideró inmensamente feliz.

Max logró que le diesen un empleo de camarera en una cervecería cuyo dueño era amigo suyo por frecuentar mucho los dos amigos el establecimiento al aire libre, y Ana podía ya empezar a resarcir a su amigo de los gastos que había hecho para ella; pero él se negó a aceptarle ninguna cantidad.

—Guarda ese dinero, para ti... Algún día tienes que casarte, y es conveniente que empieces a hacerte ropa.

Cuando le dijo esto, Ana se ruborizó, y sin poder reprimir su alegría, abrazó con toda su alma a Max, demostrándole que el único hombre con quien ella se casaría, era él.

—Ana, ¿de qué no sería yo capaz por ti? —le musitó él, adorándola.

Pero un buen día, Max, al ir a reunirse con Nick en la cervecería donde Ana prestaba sus servicios, se vió con ella, a solas, en un rincón del jardín, y la besó con toda su alma; pero la amorosa escena fué sorprendida por el dueño, y Ana, roja como la grana, recibió una severa amonestación.

Y el dueño enteró a Nick de lo que acababa de hacer Max con la camarera que él había colocado allí, y Nick se enfureció, porque no podía perdonar a Ana que hubiese enamorado a Max hasta el extremo

de hacerle olvidar los negocios que realizaban a medias.

En la cervecería hallábase aquella tarde una obesa mujer cargada de joyas y de ilusiones.

Nick, enamorado de las joyas, se fingió loco perdido por los encantos de la mujer, y como ésta tenía un corazón volcánico, accedió a que el arrogante Nick se sentase a su lado, para recitarle un madrigal.

Nick convino con Max el golpe. Mientras él hablaría con la romántica, Max le quitaría, con su insuperable habilidad, el valioso pendentif.

Max se negaba a "operar" en la cervecería, temeroso de que Ana le descubriese, pues ésta no sabía una palabra de sus ilícitos negocios, pero Nick logró convencerle de que no debían desperdiciar aquella magnífica ocasión de "cobrar" una buena pieza.

Y Max, después de vigilar que Ana no le podía ver, realizó el golpe, con mano de maestro.

Pero sucedió que en el preciso instante que despojaba a la ilusa mujer del pendentif, Ana volvía al jardín procedente del interior de la cervecería, y vió, al mirar dónde estaba Max, el robo.

Un escalofrío agitó su cuerpo y sus manos, rotas todas sus energías, abriéronse y dejaron caer la bandeja con el servicio que llevaba.

Max había huído ya, y el dueño, indignado por la conducta que observaba la infeliz muchacha, la despidió en el acto.

Y mientras Ana iba a reunirse con Max en casa de éste, Nick seguía representando su papel de trovador junto a la ilusa víctima.

* * *

Max contemplaba con fruición la alhaja, cuando Ana llamó a la puerta del piso. Precipitadamente, Max ocultó el pendentif en la caja de un reloj, y cuando abrió la puerta vió echársele al cuello, llorando amargamente, a Ana.

—¿Qué ocurre?—le preguntó, angustiada—. ¿Por qué lloras? ¿Quién te hace llorar?

—He roto unos vasos... y me han despedido.

—No llores por eso, querida... ¡No llores por nada en el mundo!

—¡Oh, Max! Tú eres tan bueno... y estoy tan orgullosa de ti...

—Tú lo mereces todo, Ana...

—Tú eres mi salvador, no lo olvidaré nunca... Y algún día nos casaremos, y tal vez tengamos hijos...

—Sí... sí, Ana...

—Yo quisiera que nuestros hijos también estuvieran orgullosos de ti... que no tuviesen motivo de sonrojo.

Max sintió que se le anudaba el corazón, y mirando fijamente a Ana, relacionó su despido con el robo de la joya, y comprendió.

—¡Cómo, Ana! ¿Tú sabes?—le dijo, horrorizado.

Ana rompió a llorar con mayor amargura, y repuso:

—Todo. Te vi tomar la alhaja... y me sentí morir.



—¡Cómo, Ana! ¿Tú sabes?

Max, avergonzado, calló, limitándose a abrazar a Ana, como si necesitara sentirla junto a sí para no desfallecer. Y Ana, cariñosa, persuasiva, le suplicó:

—Olvidemos lo ocurrido, Max... Vámonos de aquí y empecemos una nueva vida.

—Pero yo no puedo abandonar a Nick.

—¿Es que Nick significa para ti más que yo?

—No... no... pero...

—Déjame que devuelva ese pendiente... Diré que me lo he encontrado. Podemos casarnos esta noche y salir para otra ciudad.

Max vacilaba, luchando entre el amor y la amistad.

En tanto, en la cervecería, la dueña del pendiente se había dado cuenta del hurto del mismo y ponía el grito en el cielo. Acudió la policía, el dueño, y se arremolinó la gente alrededor del velador ocupado por la víctima. Nick logró huir, sin que recayesen sospechas en él, pues suplicó que lo registrasen, y llegaba a su casa, cuando, al ir a empujar la puerta, oyó la conversación que sostenían Max y Ana.

Ana había logrado convencer a Max de que debía devolver la alhaja, para rehabilitarse con el noble gesto de renunciar a la misma, y se disponía a ir a restituirla a su dueña, mientras Max prepararía las maletas para abandonar la ciudad aquella misma noche.

Nick se ocultó en el pasillo del primer piso, y cuando Ana estuvo en él, le cerró el paso, diciéndole, agresivo:

—¡Usted ha venido a interponerse entre nosotros para desunirnos, para enemistarnos!

—¿Yo?... No diga usted eso, Nick... Yo quisiera...

—¡Déme esa joya, o tendrá usted que sentir!

—¡No! ¡La joya, nunca!

La aparición de la portera permitió a Ana librarse de Nick, y corriendo cuanto se lo permitían sus piernas, llegó a la cervecería.



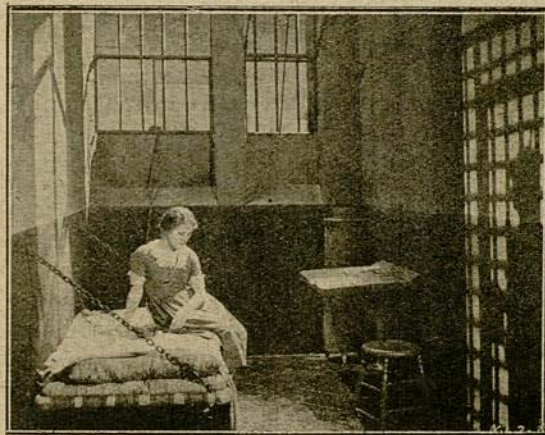
—No diga usted eso, Nick...

Pero Nick, que la había seguido, quiso vengarse de ella, para separarla para siempre de Max; y antes de que la honrada muchacha pudiese devolver el pendentif, Nick se acercó a la policía y la denunció como autora del hurto.

Y Ana fué detenida, no valiéndole sus

protestas de inocencia, y poco después hallábase en una celda de la cárcel.

Nick no experimentó el menor remordimiento; antes, al contrario, sentíase alegre, porque con la detención de Ana recuperaba toda amistad de Max.



... hallábase en una celda de la cárcel.

Este hallábase en su casa preparando el equipaje, impacientándose ante la tardanza de Ana.

Nick fingió, al reunirse con su camarada en el hogar, que ignoraba que él hubiese entregado el pendentif a Ana y que ésta estaba presa, y le dijo:

—Veamos la joya... El negocio ha sido bueno, ¿eh?

Max, humildemente, acercóse a su amigo y le reveló la verdad, haciéndole, además, partícipe del deseo de Ana y suyo propio de llevárselo a él también, para cambiar de vida en otro ambiente.

Nick, disimulando magistralmente, le contestó:

—¿Tú diste a ella la alhaja... para que la devolviera? ¡Qué idiota! ¡Apostaría que el pendentif y ella van a estas horas camino de París!

—¡No digas eso, Nick! ¡Te lo prohibo!

—¡Qué incauto eres, chico! ¡Si esperas que ella vuelva, puedes sentarte... ¡Hay para rato!

—¡No hables así, te lo suplico, Nick!

—¡Pero si es la realidad! Lo siento por ti, francamente... ¡Ya ves el resultado de fiar en una mujer!

Y como las horas iban pasando y Ana no volvía, y Nick porfiaba en sus sospechas, Max, anonadado, estaba dispuesto a salir de la ciudad con Nick, quien estaba encantado de alejarse de Viena, para que su camarada no volviese a ver jamás a Ana, ni se enterase de la realidad.

Pero la portera, que acababa de acompañar a unos policías a la habitación de Ana, para registrarla, por si se hallaban en ella otras joyas, producto de otros robos, ya que las apariencias la condenaban como una ladrona de alhajas, entró en tan críti-

cos instantes en el piso de los dos amigos, y les dijo, haciendo grandes aspavientos:

—¡Qué vergüenza! La señorita, que parecía tan honrada, está presa por haber robado una joya.

Max palideció. ¡Preso Ana!

—¡Debí figurármelo! — gimió, cuando la portera hubo desaparecido.

Y como hizo ademán de salir, Nick le detuvo, y Max, como enloquecido, le apartó, diciéndole:

—¿Piensas que voy a consentir que ella purgue mi delito?

—¡No dejaré que por esa muchacha se pierda nuestra amistad!

—¡Ni yo dejaré que por nuestra amistad se pierda esa muchacha!

Y Nick cerró la puerta con llave.

—¡Dame esa llave, Nick, te lo ruego! —rugió Max—. ¡No sería humano dejarla en la cárcel!

Nick no pudo callar más la verdad.

—¡Está en la cárcel porque la he denunciado yo!

—¿Qué es lo que dices? ¡Tú!... ¡Tú!... ¡Ah, miserable!

Y por cuatro veces su puño se descargó en el rostro de Nick, pero éste era muy forzado y no se inmutó.

—¡Miserable! ¡Miserable! ¡Te voy a matar! —clamaba Max, estrellándose sus golpes en la mole de Nick.

Y éste, exasperado, pegó a su vez a Max, y del primer golpe lo tumbó al suelo, sin conocimiento.

Y al verle caído, Nick murmuró, tras breves momentos de reflexión:

—¡Nunca sabrás, pobre loco, hasta dónde llega el afecto de tu amigo!

* * *

Cuando Max recobróse, Nick no estaba en casa. De pronto, abrióse la puerta y Max vió aparecer a Ana. Creyó soñar.

—¿Eres tú, amor mío?

—Sí, Max... Me han puesto en libertad... Ha habido otra persona que se ha declarado culpable.

—¿Quién ha sido?

—Tu compañero... ¡Es el hombre más maravilloso del mundo!

—¡Nick!... ¡Mi pobre Nick!

Y con Ana, Max trasladóse a la cárcel, llegando a la misma en el momento que Nick iba a ser encerrado en una celda.

Les permitieron ver al preso antes de ser encerrado.

—¡No puede ser, Nick! ¡Yo no debo aceptar tu sacrificio!—le dijo Max, de todo corazón, olvidando lo sucedido.

Pero Nick, sonriendo, contestó:

—Sólo me han puesto noventa días de encierro... cuando hay motivo para que pidan mi cabeza.

Y dirigiéndose a Ana:

—Usted, Ana, ensaye con Max; y, cuando yo salga, será usted la atracción de nuestro número.

Ella había hecho el milagro de que aquellos dos hombres quisieran regenerarse.

Ana, agradecida, besó a Nick en la mejilla, y la caricia arrancó lágrimas al forzado y tosco amigo de Max, a quien dijo:

—Quiérela mucho, Max. Su amor hizo el milagro de redimirte... ¡Es ella el ángel de tu vida!

Y sonriente se dirigió hacia su encierro, del que saldría pronto, para ver y proteger, en lo que pudiese, la felicidad de su dos amigos del alma.

F I N

El Viernes próximo aparecerá
la nueva colección
de novelas cinematográficas

La Novela Americana Cinematográfica

en la que quedan reunidas las tres publicaciones aparecidas hasta la fecha **La Novela Paramount**, **La Novela Metro-Goldwyn-Mayer** y **La Novela Fox** y otras marcas americanas.

PUBLICACIÓN SELECTA

Precio: 25 céntimos

Esta semana

en las selectas Ediciones Especiales de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA,

la deliciosa novela

MISTER WU

Genial creación de

Lon Chaney y Renée Adorée

Sea usted lector y propague

La Novela de la Modistilla

Publicación semanal

dedicada a las simpáticas obreras
de la aguja

N.º 1 **¡Y supo defender su amor!**

Novela de Francisco-Mario Bistagne
y Andrés Bayón

El sábado próximo aparecerá:

El despertador

Novela de José Reygadas

En preparación:

La reina de las Modistillas

Novela de M. de Alba

Precio: 30 céntimos

Ilustraciones en el texto

No olvide

La Novela del Chofer

Publicación semanal de novelas modernas